

Primera sesión. Introducción al discernimiento

Toni Catalá sj¹

Voy a hacer en esta primera sesión una Introducción a lo que va a ser este curso, o como queramos llamar estas sesiones, sobre el discernimiento en la vida cotidiana. Es evidente, o por lo menos nos lo debía ser, que los creyentes, los seguidores de Jesús, vivimos en el ámbito del Espíritu. Esto quiere decir que en Él nos movemos, existimos y somos. Que para nosotros Jesús no es solo un personaje histórico que pasó haciendo el bien, sino que como sabemos es aquel que se sintió realmente conmovido desde las entrañas, de ese Dios-Padre compasivo, que se implicó compasivamente en nuestras vidas, paso haciendo el bien, la Buena Noticia de Dios, y curando todo achaque y enfermedad del pueblo. A Jesús se le fue la vida por el aliviar el sufrimiento de la gente, de su gente. Nos dio su vida, la cedió, porque es amor hasta el final, y nos dio su Espíritu para que nosotras y nosotros podamos, con ese Espíritu que viene en auxilio de nuestra debilidad, como dirá San Pablo, podamos realmente también ubicarnos en la vida desde Él y a su estilo. Como dirá San Pablo con sus mismos sentimientos.

Por eso *discernir*, no nos tiene que asustar la palabra, ni mucho menos, discernir es esa sensibilidad para *escuchar el paso del Señor por nuestra vida cotidiana* (en Él nos movemos, existimos y somos). Y hoy, a pesar de las adversidades, porque el Resucitado es un crucificado no lo olvidemos, hoy es tiempo de gracia y en todo momento el Espíritu del Señor algo nos está diciendo. Por lo tanto, como iremos viendo en estas sesiones, discernir no es una técnica para tomar decisiones, otra cosa es que nos clarifique criterios cuando tengamos que tomar alguna decisión en la vida, sino sobretodo discernir es *aprender el alfabeto del corazón*, decían en el antiguo monacato. Es aprender el *lenguaje del Espíritu*, que no partimos de cero nunca como ahora veremos. Es *sensibilidad para escuchar, para percibir, para ver por dónde el espíritu del Señor nos confirma, nos interpela, nos alienta, nos confronta...* Y el discernimiento siempre es un *proceso de libertad evangélica*.

Si el Papa Francisco está insistiendo tanto en el discernimiento es porque la única manera de crecer en libertad evangélica. La persona que no discierne está abocada al sometimiento, a la servidumbre, y no olvidemos que no hemos recibido un espíritu de siervos para recaer en el temor. Los temores paralizan, como también veremos. No somos siervos: no os llamo siervos, sois mis amigos, y el resucitado a María Magdalena la enviará ya a sus hermanos. No sólo nos llama amigos, sino hermanos.

Por lo tanto, discernir, como veremos, es una sensibilidad, un estilo en el que estamos ya, y en esto insistiré mucho: no partimos de cero, porque el discernimiento no es patrimonio de ningún carisma, de ninguna congregación, ni de ningún movimiento cristiano. El discernimiento es don del Espíritu a la iglesia, a la comunidad cristiana.

¹ Curso de Discernimiento, organizado por Boston College, 2021. Material para uso privado. Este material puede estar protegido por el derecho de propiedad intelectual.

Por lo tanto, si aquí en estas sesiones tengo más presente el proceso de discernimiento de Ignacio de Loyola, de San Ignacio, no es porque San Ignacio invente nada, valga la expresión, en cuanto al discernimiento, sino porque Ignacio tiene el don, tiene el carisma diríamos, de ser un *buen pedagogo del discernimiento*.

Todos los criterios del discernimiento que iremos viendo, que insisto que es estilo de vida, es sensibilidad, no es una técnica..., no es una técnica, discernir no es apriete en el ordenador control F1 y en pantalla le va a salir lo que usted tiene que hacer, sino que discernimiento, como digo, es un don a todo bautizado, Ahora, es un don que debemos cuidar, que podemos cuidar, que podemos siempre estar creciendo continuamente. Por eso discernir, como les digo, es camino de libertad evangélica, y donde hay Espíritu del Señor no solo hay libertad, sino que donde hay Espíritu del Señor siempre vamos a poder crecer no solo en libertad, sino en compasión y en limpieza de corazón, en gratuidad.

Por lo tanto, en esta primera sesión, como introducción, pero qué es una introducción que de alguna manera tendré presente en todas las sesiones, es caer en la cuenta que todo proceso de discernimiento, que es un camino de vida, es un modo de estar en la vida, supone que tengo que abrir la puerta de ese camino, valga la expresión, y a mí me gusta decir que la llave, la llave para abrir la puerta del discernimiento, la llave para seguir en este camino de libertad, liberado, de entrañas compasivas, de sentido de justicia, de pacificación del corazón, supone *vivir en acción de gracias*. Y por eso siempre que hablamos de discernimiento se suele y solemos al inicio, hablar de que esa llave que abre las puertas, digo la palabra pero enseguida la explico porque es una palabra muy peligrosa (las palabras cristianas como venimos de muy atrás para lo bueno y para lo malo, solemos decir, más para lo bueno) son palabras que tenemos muy malgastadas ya a veces, y son palabras que no podemos prescindir de ellas, pero sí que hay que sanarlas, hay que redimirlas.

Y la llave para entrar en esa puerta de discernimiento es lo que toda la vida hemos dicho, y San Ignacio nos propone, como *examen de conciencia*. El *examen* es una práctica de discernimiento, pero ¿qué pasa con el examen, qué pasa con el examinar la conciencia?

Pues, a mí personalmente cuando entré jesuita hace 50 años, no me lo enseñaron bien. Pero no por mala voluntad, aquí no se trata de malas voluntades, aquí se trata de caer en la cuenta de que cada momento histórico tiene sus luces y sus sombras y en cada momento, y en cada momento histórico somos más sensibles a unas realidades de evangélicas y se nos pueden oscurecer otras. Porque el examen que a mí me enseñaron era medirme cada día con la imagen ideal de lo que yo debía ser -yo entro en mi contexto, esto cada uno se lo puede aplicar a su proceso de formación y de iniciación cristiana-. En mi caso ya vino dado por la familia, pero yo entré en la Compañía de Jesús, entré jesuita joven, entonces entrábamos muy jóvenes, con 19 años, 20, y a mí el examen de cada día me resultaba asfixiante, de tal manera que llegó un momento que yo no quise saber nada de esa palabra. Porque el examen era cada día, yo recuerdo cada noche y a veces dos veces al día, *medirme con lo que yo debía ser y no soy*. Yo en aquel contexto yo debía ser un chico perfecto, que se levantará pronto al timbre y a la campana para orar (repito, es mi

experiencia cada uno, somos adultos, que se la traduzca), yo tenía que orar sin dormirme en la oración, incluso nos confesábamos de habernos dormido en la oración (qué paradojas, cuando el mismo Salmo dice que el Señor da pan a sus amigos mientras duermen), después yo no tenía que faltar a la caridad nunca, tenía que ser siempre amable, no me podía irritar con nadie, tenía que ser servicial las 24 horas del día... Entonces, claro, cuando cada día miras y repasas el día, te das cuenta que no te has comportado *como debías comportarte*. Y eso, claro, un día y otro día y otro día, termina dándonos una conciencia de que no somos lo que debíamos ser que es frustrante y muchas veces desoladora y generadora de muchas angustias y muchas paralizaciones. Porque en el fondo el examen era *medirme con lo que yo debía ser*. Y yo en aquél contexto, qué quieren que les diga: yo no soy San Luis Gonzaga, ni san... yo soy Toni Catalá, con mis dones y mis sombras como veremos.

Entonces, claro, es asfixiante estar siempre con la conciencia de que no hemos terminado de ser lo que debíamos ser. Esto, como digo, trae consecuencias. Estos años dando retiros, ejercicios, escuchando a mucha gente, religiosos, religiosas, padres de familia, líderes cristianos, laicos, laicas..., gente buena, he conocido gente excelente, que se ha desvivido por el compromiso social en los barrios, que se han desvivido por la familia, que se han desvivido por la comunidad cristiana, gente buena pero que en lo más interior de sí mismos, en lo más hondo de sí mismos, no han llegado a disfrutar de la alegría del Evangelio, sino que siempre quedaba ese poso interior, como les digo, de que *yo no he terminado de ser lo que debía ser*. Cuando eso lo llevamos no solo al territorio personal, sino que eso va configurando el modo de percibir la vida, de percibirnos, entonces qué ocurre: hombres y mujeres que no acabamos de ser lo que debíamos ser, en familias y comunidades que no acaban de ser lo que deberían ser, en una iglesia que no termina de ser lo que debía ser, en un mundo que no es lo que debía ser y, así, sinceramente *no se puede vivir*. Siempre con una sensación de asfixia, una sensación de no haber dado la talla, de no haber estado a la altura, con una sensación de no haberme comprometido como debería de haberme comprometido, con una sensación de no acabar de haber hecho por los hijos o por los padres lo que debía haber hecho, y esto, repito, es importante. Es importante, porque genera dinámicas interiores muy desoladoras.

A mí me cambió la perspectiva el día que me ayudaron a entender, porque aquí nos ayudamos entre todos, me ayudaron a entender algo que tenía delante en la espiritualidad de San Ignacio, y es cuando San Ignacio propone *el examen de conciencia como camino de discernimiento*, como les digo, como *esa llave que abre la puerta*, es un modo de hablar porque en ese camino estamos ya como les digo, es cuando caemos en la cuenta, o caí en la cuenta, es que cuando San Ignacio presenta el examen dice: primer punto, “dar gracias a Dios por los beneficios recibidos”, y ahí cambia la perspectiva. San Ignacio no empieza el examen de conciencia diciendo: mírate, mira tus defectos, mira tus fallos, anótalos, tenlos en cuenta..., por ahí no empieza San Ignacio. San Ignacio comienza *invitando a la acción de gracias empieza invitar vivir con un corazón agradecido pero claro para San Ignacio acción de gracias*,

a vivir con un corazón agradecido, pero para San Ignacio la acción de gracias por los beneficios recibidos no es cualquier cosa. A veces leer directamente a San Ignacio no es fácil. Tenía un castellano muy... muy malo, diríamos, dice mucho en pocas palabras y no es fácil la lectura de Ignacio. Pero tienes expresiones muy, muy significativas en el contexto de su espiritualidad, o de sus escritos. Y es, *los beneficios recibidos*. Para San Ignacio los beneficios recibidos no es cualquier cosa. Los beneficios recibidos son el *don de la vida*, el *don de la creación* y *don de la redención* –el don de estar en el ámbito del Señor Jesús-, y los dones particulares. Tres dimensiones de una misma realiza. Ahora desarrollaré.

Dice Ignacio dar gracias por el don de la vida, dar gracias por el don de la creación, dar gracias porque esa vida que tienes que agradecer, la vivimos en el ámbito de la Buena Noticia de Jesús, que es fuente siempre de salud, de sanación y de alivio. Y, además, agradece el don que te ha regalado particular y personalmente.

Esto dicho así pues suena muy bien, pues está bien, demos gracias, pero, claro el tema tiene su miga, como decimos por aquí. Hay dos dimensiones, dos palabras, dos expresiones, que por razones que ahora no vienen al caso por eso que les decía antes que venimos de muy atrás, dos expresiones que en la *vida cotidiana*, e insisto en lo de *la vida cotidiana*, bloquean esta dimensión de agradecimiento, de gratuidad. Es la expresión, y yo también utilizo, esto también lo repetiré en estas sesiones: ser hombres y mujeres de discernimiento no supone perder espontaneidad en el lenguaje, porque si no, nos bloqueamos. Hay dos expresiones (que yo también yo utilizo, pero que si pudiera, por lo menos las tengo ya presentes y se me enciende un poquito la alarma), que si pudiera las desterraría de mi vocabulario cotidiano. Es la expresión **normal** y **natural**. Estas expresiones nos secan la acción de gracias, porque por aquello que es *normal* y *natural* no se me ocurre dar gracias: es normal.

Entro ya en el desarrollo de estas tres dimensiones porque en discernimiento no valen generalización, no valen abstracciones. Yo, Toni Catalá, el que les está hablando, cuando yo nací no pedí permiso y esto es una experiencia que todos compartimos. Que es una obviedad, por otra parte. Yo no le dije a mis papás: “prepararos que voy”, sino que la vida es regalada, la vida es un don, la vida no la diseñamos nosotros, sino que yo me la encontré y, mira por dónde, insisto en que no valen generalizaciones cuando yo nazco soy recibido, acogido, celebrado, festejado, acunado..., y ahora viene lo que les decía: en este contexto en el que yo me muevo cuando explico esto, mucha gente dice: “pero eso es normal”. ¡Pero tú en qué mundo vives! ¡Cuántas criaturas de Dios vienen a este mundo sin pedir permiso y no son recibidas, ni celebradas, ni festejadas ni acunadas! ¿Qué quiere decir esto es *normal*?, y aquí somos adultos: si alguno de ustedes no fue recibido, celebrado y festejado, por el hecho de a estas horas de su vida, estar pudiendo hacer con otros compañeros y compañeras un curso de discernimiento, con deseos de crecimiento personal y con deseos de mayor libertad, es porque ustedes en la vida han tenido experiencias de acogida, si no, no estaría aquí. Esto me parece muy importante. Cuando digo *ser-acogidos*, no me estoy refiriendo solo la familia biológica, sino es *hacer memoria*, eso es examinar, de agradecer personas y situaciones, que dentro de

lo que es la adversidad muchas veces de la vida, yo me he sentido reconocido y acogido. Esto lo tenemos que agradecer.

Como ven esto ya nos sitúa en una dimensión del discernimiento que va a marcar todas estas sesiones que evidentemente me estoy refiriendo al discernimiento personal. En la última sesión daré pistas, porque eso nos llevaría hacia otras sesiones, sobre lo que podría suponer un discernimiento comunitario o eclesial. Pero a mí me gusta decir bien claro que si no hay destrezas en el discernimiento personal, no puede haber discernimiento comunitario.

Por lo tanto, como ven ya, éste *dar gracias por la vida* nos sitúa en un territorio estrictamente personal. Porque cada la biografía es única e irrepetible. Pero para poder ayudarnos y ayudar es bueno que, para que esto tampoco nos quede en abstracto, no olvidar que en las experiencias de acogida siempre se dan tres dimensiones. Simbólicamente me gusta utilizar tres palabras que la experiencia me da que ayudan, es que cuando hay vida acogida, cuando se dan situaciones de sentirme acogido, es porque la vida es *techo, pan y palabra*. Cuando digo *techo*, es toda la simbólica de la acogida. Yo todos los días tengo un techo que me cobija. “¡Es que esto es normal!”. Digo ¡Santo Dios! Pero aquí mismo en Europa que a mí me da un poquito o un mucho de vergüenza como europeo, y la realidad de ustedes, qué les voy a contar, cuántas criaturas tenemos a las puertas de Europa que no tienen donde reclinar la cabeza. Y la vida es el pan material, y el pan de la cultura, los bienes concretos, muchos o pocos. Pero yo todos los días tengo pan que me alimenta. Repito: ¡Es que eso es normal! Veis como esa expresión *normal* y *natural* nos puede paralizar. Yo tengo todos los días palabra. Palabra es comunicación. Yo todos los días tengo gente que me dice “¡buenos días!”, y no ha pasado tiempo que no haya alguien que me pregunte: “¿cómo te va la vida Toni, cómo estás?” Por lo tanto, si nosotros examinamos nuestra propia biografía, cuando sentimos que nuestra vida ha sido acogida, es porque habido *techo compartido, pan compartido y palabra compartida*. Repito, *techo compartido, pan compartido y palabra compartida*. No podemos caer en la trampa de considerar que aquello que digo cada día es natural. Esto de natural también tiene su..., ya digo, por esas situaciones, que venimos de muy atrás culturalmente hablando en cristiano, cuántas veces he oído dando ejercicios, si hablas con la gente, o en un retiro: “es que esto no tiene ningún mérito Toni, porque yo de natural soy trabajador”. ¡Ah, de natural..., de natural! Si eres trabajador es porque te han educado en los valores del trabajo. Esto no lo podemos olvidar: “es que yo de natural soy bondadoso”. De natural... tú naciste como un hongo bajo un pino, debajo de un árbol.... Cuidado con las expresiones, sin perder la espontaneidad, porque está antropología es muy peligrosa.

Antes de dedicarme a la teología y a la espiritualidad estuve 12 años en una ciudad de aquí de España trabajando con chavales de la calle, viviendo en un barrio con chavales de 16, 17, 15 años y estas criaturas muchas de ellas sus padres estaban deshechos, muchos venían de un ambiente de prostitución... ¿entonces, estás criaturas de natural no son criaturas de Dios?

La acción de gracias es el agradecer continuamente el don recibido de la vida.

En la segunda sección seguiré con este tema porque aunque es introducción, es una introducción que es clave para entrar en el ámbito del discernimiento.